



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año III | Número 10 | Junio 2022

# Los “valores asiáticos” y el desarrollo coreano

**Tomás López Mateo<sup>1</sup>**

tomaslapezmateo@gmail.com

---

<sup>1</sup>Licenciado en Economía (UNM). Doctorando en Economía (UNGS). Docente de Macroeconomía y Microeconomía en la Universidad de San Isidro. Docente de grado de en UNM, UNO, UNPAZ y UADE.

Durante la primera mitad del siglo XX, Corea del Sur era una de las naciones más pobres de Asia, con una economía preponderantemente agraria y un ingreso promedio que, a precios actuales, apenas superaba los cien dólares. Actualmente es una de las diez potencias económicas del planeta, posee uno de los PBI per cápita más elevados y es líder en ciencia y tecnología. A pesar de las sacudidas provocadas por la crisis financiera internacional iniciada en 2007-2008 y la reciente pandemia del COVID-19, el país mantiene una economía dinámica y próspera.

El proceso de transformación de la República de Corea comenzó bajo la dictadura encabezada por el general Park Chung Hee, quien gobernó desde 1961 hasta su muerte en 1979, propiciando un fuerte desarrollo económico. Como parte de su estrategia para mantenerse en el poder, el objetivo de Park era impulsar la economía para superar primero a su vecino rival, Corea del Norte<sup>2</sup>, y posteriormente alcanzar el nivel de los países desarrollados. De esta manera, el país asiático adoptó un programa de crecimiento impulsado por el Estado con miras a construir una importante base industrial, algo que se vio reflejado en los planes económicos quinquenales iniciados en 1962.

La estrategia adoptada se basó en el fomento de las exportaciones manufactureras y la promoción de la industria pesada y química, lo que resultaría ser la clave del éxito coreano (Il & Youngsun, 2018). Con este fin, se mantuvo un fuerte control financiero, se restringieron las importaciones y se adoptó una política de promoción activa de las exportaciones. Lejos de ser una economía abierta a las fuerzas del mercado, el aparato burocrático estatal pasó a ejercer una influencia decisiva sobre las actividades económicas, por lo que el Estado fue indiscutiblemente “la entidad dominante en la economía coreana” entre los años '60 y '70 del siglo pasado (León Manríquez, 2009, p. 153).

Entre los incentivos al sector privado para que se sometían a los planes gubernamentales, se encontraban exenciones fiscales, facilidades aduaneras,

---

<sup>2</sup> Luego del conflicto bélico en la península de Corea desarrollado entre 1950 y 1953 que terminó con la partición del país (República de Corea o Corea del Sur y la República Popular Democrática de Corea o Corea del Norte), la tensión que siguió a la firma del armisticio imprimió desde entonces la necesidad de superar al vecino desde un punto de vista económico y no solo militar.

provisión de divisas, protección del mercado interno y acceso a crédito abundante y barato. Otros de los instrumentos de promoción industrial fueron el mantenimiento de un tipo de cambio competitivo, la regulación de la inversión extranjera directa, el establecimiento de empresas paraestatales y la protección temporal y selectiva de productos de origen nacional. Estas condiciones favorables provocaban que el sector privado tenga “pocas excusas para no orientar su esfuerzo a los sectores que el gobierno se proponía desarrollar” (León Manríquez, 2009, p. 154).

Asimismo, el Estado surcoreano también detentaba una batería de incentivos negativos con los cuales podía controlar y ordenar al sector privado. Las políticas de “garrote” se traducían en represalias contra aquellas empresas o empresarios que se negaran a obedecer las directrices provenientes de la burocracia estatal, tales como auditorías fiscales, quita de subsidios o incluso escándalos en la prensa. A la vez, las empresas que no cumplían con los objetivos previamente planificados podían sufrir el retiro del patrocinio estatal.

En sus planes quinquenales, el gobierno consideró estratégicas a las industrias del acero, petroquímica, automotriz, electrónica, maquinaria pesada y construcción naval, por lo que fueron beneficiadas por las políticas activas de promoción. Así, conforme fue avanzando el proceso de desarrollo, se redujeron drásticamente las barreras a la importación de los insumos de los sectores señalados y se reasignaron los recursos financieros disponibles hacia ellos. Sin embargo, las industrias que no fueron consideradas clave tuvieron que sufrir un fuerte aumento de la competencia exterior.

Con este tipo de políticas en marcha, los grandes conglomerados empresariales nacionales, los denominados *chaebols*, tales como Samsung, Hyundai, LG, Daewoo y SsangYong, entre otros, comenzaron a crecer con intensidad. Se trata de empresas con posiciones oligopólicas especialmente en los sectores más modernos de la economía, que gracias a contar con el apoyo estatal y a una política de innovación tecnológica, ganaron posiciones en el mercado global. Estas corporaciones, controladas mayoritariamente por sus familias fundadoras, fueron los artífices del proyecto de desarrollo lanzado por el régimen militar. En la práctica, el Estado coreano funcionó como regulador y promotor de la

economía y guía del desarrollo, erigiendo al mismo tiempo a los *chaebols* como protagonistas de ese proceso.

Por otro lado, no debe olvidarse el rol preponderante de los Estados Unidos en el desarrollo coreano. El país asiático recibió una descomunal ayuda económica de la potencia norteamericana en tanto aquella región se trataba de una de las zonas en disputa más calientes con el comunismo durante la Guerra Fría. Según cifras oficiales, el país recibió durante dos décadas más de 600 millones de dólares anuales por parte de los Estados Unidos (Muñoz, 2015). No debe dejar de señalarse, además, la tremenda importancia que tuvo la apertura del mercado estadounidense a las manufacturas coreanas.

A la luz de los resultados, las políticas adoptadas por el gobierno coreano para liderar el proceso de desarrollo y coordinar la iniciativa privada fueron altamente efectivas. En los periodos de 1960-1969 y 1970-1979, el PBI de Corea creció, respectivamente, a un promedio anual del 7,7% y 8,8%, uno de los ritmos más altos del mundo. El principal impulsor de este proceso fue el sector industrial, que casi dobló a la tasa de crecimiento del PBI entre 1971 y 1988. Semejante proceso de industrialización posibilitó a Corea afianzarse como exportador mundial, especialmente de bienes industriales con una creciente complejidad tecnológica. Así fue como la participación de las manufacturas sobre el producto total pasó del 12,3% en 1961 al 43% treinta años más tarde mientras que sus exportaciones aumentaron del 2% del PBI en 1962 al 30% en 1980 (León Manríquez, 2009).

En contrapartida al sensacional éxito económico, debe subrayarse que éste se dio simultáneamente con la explotación feroz de los trabajadores y de restricciones a las libertades políticas. Los años '70 se caracterizaron por la inmolación de obreros coreanos huelguistas. La libertad sindical, aunque parcial, no será conquistada sino hasta 1987 después de violentísimas manifestaciones, mismo año en el que la nación comenzaría el sendero hacia la democracia.

### Los “valores asiáticos” y el rol del confucianismo en el desarrollo

A comienzos de la década de 1990, los líderes de algunos florecientes países del Asia Pacífico, especialmente el primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, y su

homólogo malayo, Mahathir Mohamad, irrumpieron en el discurso político afirmando que gracias a los llamados “valores asiáticos” sus países habían alcanzado una exitosa combinación de progreso económico y disciplina social, lo que supuestamente era la clave para entender el desarrollo de la región.

En realidad, lejos de ser novedosa, la idea detrás de los “valores asiáticos” no se diferenciaba sustancialmente de la tesis del “capitalismo confuciano”, que en la década previa se había convertido en el prototipo de explicación del desempeño de Corea, Taiwán, Singapur, Hong Kong e incluso Japón. Para los defensores de estas teorías, la tradición confuciana era el secreto del éxito económico asiático, a la vez que destacaban la lealtad, la frugalidad, la aplicación, la educación, la apacibilidad, la armonía y las relaciones de subordinación como las características esenciales de aquella cultura.

Vale decir que este tipo de planteos tampoco son específicos del Asia Pacífico, sino que nos rememoran a la lectura de Max Weber sobre el rol de la religión protestante en el surgimiento del capitalismo en los países anglosajones. Se trata, en definitiva, de elaboraciones teóricas de tipo culturalista, en donde se interpreta a determinadas características de la idiosincrasia de los pueblos como los agentes principales del éxito (o fracaso) económico. Esta clase de interpretaciones no comenzaron en el Este asiático con el caso de Corea, sino que se remontan a los análisis de las décadas del '60 y '70 sobre el vínculo entre la religión, el confucianismo y la industrialización de la economía japonesa<sup>3</sup>. Sin embargo, fue en las siguientes dos décadas donde se observó un creciente interés en la ética y los valores confucianos -interpretado desde Occidente de igual modo como “valores asiáticos” o “confucianos”-, como el factor clave que habría facilitado el cambio estructural necesario para la industrialización de aquella región.

Los burócratas gubernamentales, encargados de la planificación estatal y profundamente atravesados por una ética confuciana, son vistos por esta teoría como los principales agentes del desarrollo. Al mismo tiempo, se remarca la relación gobierno-empresariado como la característica principal del “capitalismo

---

<sup>3</sup> Para un análisis más detallado, véase ver Jonghoe & Hyun-Chin (2000).

oriental”, entendido como un modelo particular de capitalismo, diferente al de Occidente.

Esta visión culturalista tiene las limitaciones obvias de cualquier explicación de este tipo, es decir, la inherente ambigüedad en sus planteamientos, las explicaciones *expost* y la limitada consideración de factores externos. Otros argumentos en contra de esta teoría pueden también mencionarse. En primer lugar, el Asia Pacífico es una vasta región con una gran variedad de culturas, naciones, etnias e identidades, por lo que resultaría difícil englobarlas a todas bajo una misma etiqueta y argumentar que poseen las mismas características. Por otro lado, el contacto estrecho que estos pueblos han tenido desde hace siglos con Occidente hace dudoso el señalar al confucianismo como su única herencia cultural. En tercer lugar, los “valores asiáticos” han servido en la práctica como excusa para legitimar regímenes autoritarios y como argumento en contra de las críticas internas y externas a sus políticas represivas.

Consideramos que el debate sobre los “valores asiáticos” constituye en realidad una expresión de un conflicto de intereses por los cambios que se vienen sucediendo en los últimos años en la distribución del poder mundial en el plano geopolítico y económico, entre las grandes potencias occidentales y las emergentes potencias asiáticas (Moneta, 2009). En línea con este planteo encontramos a la teoría del Estado desarrollista asiático (Johnson, 1982; Amsden, 1989; Wade, 1990), que interpreta al proceso de industrialización del Este asiático como la respuesta de la región frente a un mundo dominado por Occidente. Se trataría, en definitiva, de una elección consciente de estos países, que optaron por la vía de la industrialización “[...] as a means to combat Western imperialism and ensure national survival” (Woo-Cumings, 1999, p. 6). En contraposición al enfoque económico ortodoxo que enfatiza exclusivamente en las fuerzas del mercado para explicar la evolución del Asia Pacífico, la teoría del Estado desarrollista busca dar el debido crédito al intervencionismo estatal en la habilitación de estrategias de desarrollo, destacando las instituciones a favor del crecimiento y los organismos burocráticos que impulsaron dichos proyectos y racionalizaciones.

Pero más allá de las teorías de tipo culturalista o incluso la del Estado desarrollista asiático, no se puede dejar de considerar el elemento histórico a la hora de analizar las bases del desarrollo coreano. Como sugiere Kohli (1999), no es posible explicar el éxito coreano sin tener en cuenta rol de la herencia colonial japonesa. El legado japonés, más allá de lo brutal que fue, dejó en Corea una burocracia estatal lista para comandar un proceso de desarrollo que no fue modificada por los eventos de la Segunda Guerra Mundial ni por la presencia norteamericana en el territorio después de la guerra entre las dos Coreas. Kohli incluso sostiene que el proyecto de industrialización de Park Chung Hee estaba “profundamente influenciado por el pasado colonial japonés” y que éste deseaba aplicar el “modelo Meiji” japonés de transición hacia la modernización (Kohli, 1999, p. 96).

En conclusión, entendemos que no fue gracias a su tradición confuciana o a una idiosincrasia particular de aquella región del globo que Corea alcanzó el estatus que hoy detenta dentro de la economía mundial. Por el contrario, fue una burocracia autoritaria y fuertemente organizada dejada por el invasor japonés, sumada a una particular alianza entre el empresariado y el Estado, lo que permitió no solo establecer un modelo productivo orientado a la exportación de bienes manufacturados, sino también comenzar un proceso de modernización y de cambio estructural, aunque manteniendo un estricto control sobre los trabajadores, tanto del campo como de la ciudad. Tal configuración social permitió cimentar una economía represiva, pero de alto dinamismo y de creciente sofisticación tecnológica, lo que constituyó la característica distintiva del país durante el inicio de su proceso de desarrollo.

## Referencias bibliográficas

Amsden, A. (1989). *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*. New York: Oxford University Press.

Kohli, A. (1999). Where do high-growth political economies come from? The Japanese lineage of Korea's “Developmental State”. En *The Developmental State*, editado por M. Woo-Cumings (pp. 93-136). Cornell University Press.

Il SaKong & Youngsun Koh (2018). *La economía coreana. Seis décadas de crecimiento y desarrollo*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Jonghoe Yang & Hyun-Chin Lim. (2000). Asian values in capitalist development revisited. *Asian Perspective*, Vol. 24, No. 3, pp. 23-40.

Johnson, C. (1982). *MITI and the Japanese Miracle*. California: Stanford University Press.

León Manríquez, J. L. (2009). *Historia mínima de Corea*. México D.F: El Colegio de México. Centro de Estudios de Asia y África.

Moneta, C. (2009). *El papel de los “valores asiáticos” en los sistemas políticos de Asia del Pacífico*. Mimeo.

Muñoz, C. (2015). Una nación fracturada; en Explorador Corea del sur. En *Le Monde diplomatique*, Detrás del milagro (pp. 2-3). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital Intelectual.

Wade. R. (1990). *Governing the Market: Economic Theory and the Role of Government in East Asian Industrialization*. Princeton: Princeton University Press.

Woo-Cumings, M. (1999). *The Developmental State*. Cornell University Press.